

Agua bendita el celestial rocío, que desterrando tristes é infernales tinieblas, nos sirve de consuelo, de defensa y socorro, no malogre tanto bien nuestra poca Fe y nuestra tibieza: acompáñele el fervor de nuestros corazones, porque librándonos de tan perversos enemigos, nos ayuda á que logremos luego con la luz de la gracia el eterno bien de la Gloria.

PLATICA LXIX.

DE LOS PROVECHOS Y ADMIRABLES EFECTOS CORPORALES DEL
AGUA BENDITA.

A 30 de Enero de 1695.

DEBIDAMENTE se llevó por nombre propio suyo su misma admiración, porque solo la admiración pudiese dár á conocer su precio, aquel rocío del Cielo que mansamente esparcido, cubría todas las mañanas los campos del Desierto á la redonda del Pueblo de Dios que caminaba peregrino. Aquel rocío, digo, que siéndole juntamente pan amasado del Cielo, y sustento prevenido de los Angeles, en tanta muchedumbre de hombres como de apetitos, á cada uno le sabía á lo que gustaba, y le gustaba á lo que quería. ¿Qué es esto? se decían admirados: *Quid est hoc?* Y en Hebreo: *Manhu?* Y no sabiéndose responder lo que era, porque era todo, quedósele por nombre la misma admirada pregunta y llamándose *Manna*,

que nada en particular dice, expresaron con este nombre los manjares, los gustos y los sabores todos. Y si en el rocío del cielo vimos ya retratado el Asperges con que la mas bella Aurora destierra las peores tinieblas de la infernal noche, en este rocío milagroso aun podemos admirar otro maná, que el Agua bendita mejor se acomoda á los gustos y á las necesidades todas, siendo para cada una como si para ella sola fuera la que es para todas remedio. Mas si le pusieron bien por mote á aquel maná: *Ad modum recipientes*, porque no teniendo él en sí mismo los sabores, el gusto del que le comia, era el que á su sabor lo variaba, siendo la disposicion del paladar la que de él hacia, ó dulce ó agrio, ó suave ó picante el manjar: así mejor nos sucede en el maná todo milagros que se nos reparte en el celestial rocío del Agua bendita, que á medida que es en el alma la fé con que se recibe, la interior devocion y fervor del corazon que la busca, y el arrepentimiento de la conciencia que la abraza, así es la variedad de sus efectos, semejante á la de aquel maná tan provechoso como admirable: *Ad modum recipientes*:

Entramos por un prodigio, y es, que del Agua bendita há querido Dios en su Iglesia que las palabras que la dén á conocer, sean continuados milagros: que á fuerza de millares de prodigios, mas que con ponderacion de las voces, se gane en los católicos su estima y su veneracion.

En la vida de la admirable Virgen Santa Brígida, no menos prodigiosa que aquella otra Brígida viuda, se refiere, (Apud. Bolland. tom. 1. mensis Febr. fol. 131.) que una pobre muger llena de lepra, á quien la Santa le servia humilde, le pidió que le diese un poco de agua; y ella le puso á la

cabecera un vaso de Agua bendita para que le fuese remedio á su sed insaciable; y al mismo tiempo la Santa Virgen le pidió á su Angel de Guarda, con quien trataba familiarmente, que echase su bendicion á aquella agua: hizolo el Angel, y el agua desde allí, como el maná, sabia á lo que queria la enferma: ya era miel dulcísima, ya regalado vino, ya suave leche; y así mudaba de todos los licores los gustos. Y ya, si no en lo material del sabor del cuerpo, sí en lo mas provechoso del gusto del alma, nos mostró bien este prodigio que es el Agua bendita el maná que se acomoda á todas nuestras necesidades. En las espirituales ya vimos cómo es aliento del corazon, cómo enfervoriza la voluntad, cómo fortalece el espíritu, cómo limpia de los pecados veniales: ya vimos cómo contra nuestros espirituales enemigos es su rocío cerrada carga de artillería que desvarata sus escuadrones, que deshace sus astucias y marañas, que burla sus hechizos y encantos, y que traslada contra los mismos demonios sus miedos: ya admiramos cómo en el mayor aprieto del alma es esta Agua soberana su defensa, y cómo aun en las penas del Purgatorio le sirve de dulce refrigerio. ¿Y para en esto? Sobraba para nuestro amor, para nuestra estimacion y nuestra fé.

Pero réstanos ver cómo en lo corporal esta Agua santa es maná para todas las necesidades. Empieza desde el punto que la criatura en el seno de la madre se anima: ¿cuál es su peligro mayor; ó por mejor decir, el todo de su peligro? El aborto, en que ambas vidas se aventuran. Pues ahí el Agua bendita es su defensa. De sí mismo lo refiere Autor tan grave, como Teodoreto, (Theod. in vita S. Macedon.) que estando en el seno de su madre,

y padeciendo ésta ya las evidentes señales del aborto, enviándole San Macedonio un vaso de Agua bendita para que la bebiera, al punto cesó el achaque, se acabó el peligro, y detúvose la criatura para nacer felizmente y ser un grande Doctor en la Iglesia. Ya en el parto, ¡qué de riesgos! ¡qué de peligros á entrambas vidas, del hijo y de la madre! Pues á todos es remedio eficaz el Agua bendita.

Así refiere San Bernardo en la vida de San Malaquías, (*in vita S. Bern. lib. 64. cap. 2. num. 3.*) que á una muger, que en recísimo parto estaba ya para perecer, el santo Obispo, con el rocío del Agua bendita sacó la criatura á luz. Y el mismo San Bernardo, estando una muger tres dias enteros en el aprieto de un durísimo parto, ya desesperanzada de vivir, viniendo el santo Abad, le dijo: Bebed un poco de Agua bendita. Y al instante nació la criatura sana, viviéndole tambien la madre: y por este prodigio le pusieron al niño tambien Bernardo. Aquí exclamo yo, que si hay éste y otros socorros santísimos de la Iglesia, aprobados, prodigiosos, ¿para qué se buscan los supersticiosos embustes del demonio, que tan usados andan en los partos? ¿Cómo no han de tener malos sucesos las que dán mas crédito á una vieja ignorante que á la misma Iglesia de Dios? ¿las que prefieren supersticiones, embustes, las mas veces inmundos y asquerosos, á los remedios soberanos que han usado con tanta veneracion como provecho, todos los Santos? Ea, que quizá bastará este rocío para desterrar mugeriles ignorancias en lo que vá tanto como la vida y la salvacion.

Y volvamos á el agua bendita, que nacida la criatura, aun no la desampara su dichosa eficacia.

¿Cuál es entónces su mayor necesidad? La leche. Ya se ve, que es su sustento todo. Pues para que aun en eso se crié á los pechos de la Iglesia, le ha servido tal vez de ama el Agua bendita.

El Abad Abraham, refiere Casiano, (*Casian. collat. 15. cap. 4.*) yendo una vez á la siega, se encontró en el campo una muger con un tierno niño en sus brazos, que estaba ya para espirar, porque tenia ella tan secos los pechos, como inundados de lágrimas los ojos. Así se lo dijo al santo monge; y él compadecido, con viva fé bendijo un jarro de agua, y se la dió á beber, y al punto comenzaron los pechos, antes secos, á llenarse de abundantes arroyos de leche, con que dando de mamar á su niño, se volvió gozosísima. Así por escalones vá el Agua bendita acomodando con nuestra vida sus provechos, tanteando con nuestras necesidades sus socorros.

Y ya en el tropel desdichado de tantas enfermedades que nos quiebran la vida, en tanto número de achaques que nos la apeligran, ¿quién bastará á decir que el Agua bendita sola ha sido el *sanalotodo* de Dios? No pudieron jamas Hipócrates ni Galeno, hallar medicamento tan universal, dijo con razon San Vicente Ferrer. Mucho es el número de las diversas enfermedades que en nuestro miserable cuerpo reconoce la Medicina. Pues á cada una se pueden contar del Agua bendita tantos los milagros en sanarlas, como son las enfermedades todas. En la ceguera, enfermedad la mas desdichada, ¿cuántos á el Agua bendita debieron la luz? Del grande Apóstol, mi padre San Pedro, afirma San Vicente Ferrer, (*Serm. de Aqua. bened. dist. 21.*) que con el Agua bendita dió la vista á ciento diez y ocho ciegos. San Bernardo con la misma

Agua á otros diez y ocho; y así se refiere de otros muchos. (Surius *in vita* 4. *Decemb.*) Vamos recorriendo: A un hidrópico, del todo incurable, lo sanó con el Agua bendita San Anon, Arzobispo de Colonia: (Sur. *die* 24. *Ap.*) á otro del mal de piedra lo sanó con esta Agua San Roberto: (Gregor. Tur. *in vita cap.* 10.) á otro, de terribles dolores de estómago, lo sanó San Martin con el Agua bendita: (Petrus Dam. *in vit.*) con ella sanó San Odilon á otro de mal de corazon: á un hijo del Emperador Mauricio, que estaba horrible de leproso, con esta santa Agua lo dejó limpio y sano San Teodosio Archimandrita: (Metafr. *in vit. S. Theod.*) á un Religioso de San Francisco, á quien estaban ya para cortarle una pierna cancerosa, lo dejó sano en un instante el Ilustrísimo Don Juan de Rivera, Arzobispo de Valencia. solo con hacer una cruz de Agua bendita sobre la parte cancerosa. (Vicent. Blas. *cap. Hist. Regn. Aragon. lib. 2. cap. 4.*) En fiebres y calenturas se refieren de esta Santa Agua repetidas milagrosas curaciones. San Gregorio Turonense dice de él mismo y de muchos cuartenarios, que con este soberano rocío se vieron libres de su molesta accesion. ¿Pero adónde voy, si basta con decir que si nuestra fé no duerme, que si nuestro fervor se aviva, el Agua bendita es el *sanalotodo* de Dios? Y por eso de los primeros cristianos del Japon, refiere Tomás Bocio, que todos los que se sentian enfermos, al punto se iban á la Iglesia á beber Agua bendita; y favoreciendo Dios su fé, era aquella la fuente de su salud. Aun contra la peste, desdicha sobre todas espantosa, esta Agua santa ha sido varias veces la que purificando el aire, ha traído respiraciones de vida. Así lo vieron los ciudadanos de Ancira, donde apestados los ga-

nados, se les morian de veinte en veinte, y con el Agua bendita los sanó San Teodoro. (Georg. *in vita.*) Así lo experimentó un Monasterio de monjas todo apestado, que entrando en él San Bilibroldo, y rociándolo con Agua bendita, las enfermas todas se levantaron sanas, y ninguna otra cayó, y se acabó del todo la afliccion. (Sur. 7. *November.*) Contra el veneno ha sido esta Agua tambien segurísimo antídoto: (Sur. 15. *November.*) con ella sanó San Maclovio Obispo á una hija de un Conde, que mordida de una vívora, estaba ya para espirar: con ella Hugo, Abad de Cluni, sacó del cuerpo de una muger una serpiente, que estando ella dormida se le habia entrado por la boca. (Sur. 29. *April.*)

No se molesten, que ya dije que del Agua bendita, mas que las palabras, hablan los milagros: déjenme proseguir. En los mares, donde son las tempestades mas peligrosas, no pocas veces pocas gotas de Agua bendita han bastado á serenar las mas furiosas. Así refiere el venerable Beda, (Bed. *lib. 1. hist. cap. 17.*) que embarcados de Francia para Bretaña los Santos Obispos San Lupo y San Germano, en una terribilísima tormenta se vieron casi sorbidos, mientras San Germano dormía. Despertándolo, bendijo agua, rocióla por el mar, y al punto se serenaron de este terrible monstruo todas sus aguas. Contra el fuego, elemento tan voráz y espantoso, de esta Santa Agua han bastado pocas gotas á apagar sus mayores llamas. Así Santa Lioba Virgen, (Rodulf. *in ejus vita. cap. 11.*) que estando en su Convento, se prendió fuego á la ciudad; pero tan violento, que ya sin remedio la iba reduciendo á cenizas; y acudiendo á la Santa los afligidos ciudadanos, ella les dió una poca de Agua

bendita, diciéndoles que la echáran en el río, y luego con ella rociaran. Así lo hicieron, y en breve rato, como si del cielo hubieran caído mares de lluvia, no se veía ya arder ni una chispa. Contra la plaga de los campos (¡oh, en qué tiempos, si hubiera fé, daba yo este provechoso recuerdo!) contra las plagas, digo, de los campos, el rocío del Agua bendita, como mejor lluvia del cielo, ha sido repetidas veces el que restituyéndolos á su fertilidad, ha llenado los trojes de mieses. Así afligida la ciudad de Murcia, en España, porque por espacio de catorce días estuvieron sus campos y moradas cubiertas de *pulgón*, saliendo San Vicente Ferrer á las puertas de la ciudad, y rociando desde allí el Agua bendita, voló la plaga al punto; (Pelm. Raus. *in ejus vit. lib. 3.*) y si bien había roído las hojas, y aun hasta las raíces, con todo eso aquel año fué la cosecha tan abundante como lo habían sido los demas. Así tambien con esta santa Agua San Teodoro Archimandrita libró los campos de la langosta; (Surius 22. *Apr.*) y otra vez otro santo Monge llamado Aufrates. (Theod. *in vit. S. Amphr.*) ¡Qué buena ocasion, vuelvo á decir, para que lograra nuestra fé este remedio, si no aumentarán el daño nuestras culpas!

Vemos á la presente cuánto es lo que nos falta; pero vemos tambien el que ya ni bastan clamores de los pobres, gritos de los predicadores, zelo y vigilancia de las Justicias; y contra todo prevalece la impiedad y los latrocinios; ¿pues qué remedio? ¡El Agua bendita? Sí lo fuera por sí, pero otra diligencia ha menester.

De San Gonzalo de Amaranto, Dominicano, se refiere que estando predicando para persuadir al pueblo cuánto daño causaba en el alma la exco-

munion, acertaba á pasar por allí una muger con una canasta de pan muy blanco y hermoso: hízola parar delante de todos, y de parte de Dios excomulgó aquel pan, y á vista de todos se puso al punto negro y feo como el carbon. Quedaron atónitos, túvoles así algun rato, y luego haciendo traer Agua bendita, alzó la excomunion, rociólo con el Agua, y al instante se volvió á poner blanco como los copos. Esto hizo San Gonzalo con el Agua bendita donde aquello habia hecho la excomunion; pero donde nada han podido hacer con almas malditas las excomuniones, ¿qué ha de ser del Agua bendita en los panes? Dios se duela de nosotros. Y por último, si en esta Santa Agua tenemos para todo tan eficaz el remedio; si tiene otros tan santos y tan aprobados la Iglesia, yo concluyo con preguntar: ¿para qué se inventan, hasta en lo mas sagrado, usos y veleidades mugeriles, cédulas sospechosas, cuentas sin certidumbre, palabras y santiguos sin provecho? Si tenemos estos tesoros, que desde los Santos Apóstoles los viene venerando la Iglesia, si tan experimentados son sus prodigios, si tan conocidos como santos sus efectos, aquí sí que se ha de emplear nuestro amor, avivar nuestra fé y devocion por nuestros mismos intereses, ya de los bienes del cuerpo en la salud, ya de los bienes del alma en la gracia.